

HOMILÍA.

DESARRAIGARÍAMOS AÚN LOS VICIOS MAS INVETERADOS, SI EVITÁRAMOS LAS OCASIONES.

PARA EL VIÉRNES DESPUES DE LA DOMINICA CUARTA
DE CUARESMA (1).

(DE GONZÁLEZ.)

Tulerunt ergo lapidem; Jesus autem... voce magna clamavit: Lazare, veni foras.

Quitaron pues la losa, y Jesus... gritó en alta voz diciendo: Lázaro, ven fuera.

S. Juan, c. 11. v. 43.

Nada tiene en verdad de agradable la descripción del pecador que se ofrece á nuestra vista en el Evangelio de san Lucas (2), bajo el símbolo del sordomudo; pero lo es mucho menos, mejor diré, es sin duda alguna mas triste y desconsoladora la que expone san Juan á nuestra consideración en el presente, en figura del hermano difunto de Marta y María. Aquel estaba destituido del uso del oído, de la voz y de la vista; pero tenia aún expedito el de las manos y piés; aún disfrutaba el beneficio de la existencia; este, privado de toda acción vital, completamente difunto, sepultado, atado de piés y manos, y oprimido del peso de una enorme losa que cubria su cadáver, no

(1) Véase en la pág. 1 del tomo cuarto de los sermones de *Mision* uno para este día, sobre el abandono de Dios.

(2) *Luc. c. 11.*

podia inspirar la mas leve esperanza de vida. El Unigénito de Dios no manifiesta sentimiento ni pesar alguno, cuando se pone en su presencia el primero; y prorumpe en un amargo llanto, que arranca las lágrimas de los circunstantes, al acercarse al fétilo sepulcro del segundo: para devolver á aquel el uso completo de sus sentidos, no se vale de otros medios que su voluntad; quiso, y le fueron devueltos: para restituir á este la vida, tiene que superar enormes dificultades, y se vale del ministerio de sus discípulos para ver el cadáver que habia de resucitar, haciendo que levanten la losa del sepulcro y desaten las ligaduras de su cuerpo.

La conducta tan diferente que en estos dos prodigios observa nuestro divino Salvador, no puede ménos de tener alguna mística significación. ¿Será... Pero es en vano que nos detengamos á buscarla; ella misma se presenta á nuestra vista sin dificultad: la situación del segundo era mas terrible y desventurada que la del primero; la resurrección de Lázaro era sin comparación mas difícil que la curación del sordomudo. Así es, porque este es figura del alma, que por la culpa ha perdido el uso verdadero de sus potencias, que ha sido privada de la vida inestimable de la gracia divina; y Lázaro representa al pecador sumergido en el hediondo sepulcro del vicio. Pero es de advertir que á pesar de esta enorme diferencia, uno y otro salen de su lastimoso estado; uno y otro recobran el uso de los sentidos de que estaban privados: de donde debemos inferir que á todos está preparado el baño de la salud. No hay pues motivo para que el pecador se abandone en manos de la desesperación: por innumerables y horribles que sean sus delitos el Hombre-Dios está pronto á perdonárselos; quiere restablecerle en su gracia y amistad; pero exige para esto que nos apartemos nosotros de los peligros y ocasiones. Con esta consoladora esperanza pienso animar á los pecadores, excitándolos al mismo tiempo á practicar las diligencias, por cuyo medio podrán conseguir fácilmente el imponderable beneficio de su resurrección espiritual.

Si las oraciones de una María, que ántes habia sido famosa pecadora, fueron, Señor, suficientes á mover vuestra compasión en beneficio de su difunto hermano, yo espero lleno de confianza que los ruegos de otra María, que ha sido siempre pura desde el momento de su concepción y un modelo de santidad,

excitarán vuestra misericordia en favor de sus hijos. Á su proteccion pues recurrimos, rezándole el *Ave Maria*.

Un discurso cuya brevedad reclaman imperiosamente las circunstancias, no es capaz de reunir todos y cada uno de los importantísimos documentos que ofrece el Evangelio de este día; por cuya razon me ha parecido conveniente preferir aquellos, que tienen una relacion mas directa al asunto que me he propuesto. No esperaron Marta y María el momento fatal de la muerte de su hermano: apénas le vieron postrado y conocieron que la enfermedad era peligrosa, á ruegos tal vez é instancias del enfermo, se resolvieron á recurrir al mejor, al mas sabio y celoso de todos los médicos, al único que tiene virtud para curar toda clase de enfermedades, á Jesus Nazareno. Ah! estaban bien persuadidas de su poder extraordinario, sobrenatural, irresistible. No le piden que se ponga en camino para Betania, de cuyo punto se hallaba ausente; le indican solo su necesidad, usando el idioma que las almas habituadas al ejercicio de la oracion saben ser el mas persuasivo y eficaz: *ecce quem amas, infirmatur*, le dicen: tu amado Lázaro se halla enfermo.

Hé aquí uno de los primeros pasos que debe dar el pecador, uno de los medios mas oportunos é indispensables para recobrar la gracia divina; la oracion, una oracion confiada, pero humilde; una oracion en que ciñéndose á exponer su necesidad al Señor, no haga alarde, ni aún exagere sus propios méritos. Ni qué méritos puede presentar el infeliz pecador? Por el contrario, debe fundar todas sus esperanzas en el poder, en la bondad, en el amor infinito que Dios profesa al hombre. *Ecce quem amas*: una oracion, en que poniendo de manifiesto su miseria, y léjos de propasarse á fijar el tiempo y modo de remediarla, lo deje todo á disposicion del infinitamente sabio, bien persuadido á que se decidirá siempre por lo que sea mas justo, mas provechoso, mas conveniente á los designios de su providencia. *Ecce quem amas, infirmatur*: una oracion, no como la del presumido fariseo, sí mas bien como la del humilde publicano, en la que sin ocultar, disminuir, ni aún excusar de modo alguno su culpa, cubierto de rubor y abrigando un verdadero sentimiento, se contente con exclamar: *propitius esto mihi*

peccatori. Ecce quem amas, infirmatur: una oracion... Pero ¿cómo ha de orar el pecador, cuya lengua es incapaz de ponerse en movimiento, puesto que su alma carece de la vida de la gracia? No hay que alucinarse: el alma pierde por el pecado la vida sobrenatural, pero conserva íntegra la natural: pierde la gracia, la virtud, el mérito, el derecho á la bienaventuranza; pero en el órden de la naturaleza conserva expedito el uso de los sentidos, de la razon, de la libertad. Aún con respecto á la vida espiritual, conserva la fe y la esperanza, por cuyo medio puede conocer perfectamente la infelicidad de su estado y la proporcion que tiene para mejorarlo; puede desear, anhelar, pedir el remedio de los males que le oprimen; puede, temiendo con fundamento que sus oraciones no sean admitidas, buscar en los santos del cielo, en los justos de la tierra y en los ministros de la Iglesia, intercesores activos que consigan del Señor lo que él tanto necesita, y no puede conseguir por sí mismo.

¡Qué ejemplo, qué ejemplo tan edificante, qué leccion tan instructiva nos dan hoy las piadosas hermanas de Lázaro! Y en verdad, ¿qué ocupacion mas propia de nuestro ministerio que la oracion? ¿de qué medio mas eficaz pudiéramos valernos, para promover el culto, la gloria del Todopoderoso? ¿cómo podríamos restablecer mejor el honor, el respeto, el amor á nuestro estado, que trabajando por arrancar á tantos miserables de la odiosa esclavitud de Satanás, de la funesta muerte del pecado, del sepulcro hediondo de los vicios, y restituírlos en fuerza de súplicas, de lágrimas y sacrificios al estado feliz que habian perdido por su miseria? Ellos lo esperan justamente de nosotros, puesto que nos unen vínculos mas estrechos, mas fuertes que los que unian á Lázaro y á sus hermanas; vínculos que les dan un derecho de justicia para exigirlo así de nosotros. Y á vista de tantas y tan desesperadas enfermedades, de tantos y tan asquerosos difuntos ¿nos desdeñaremos de cumplir tan sagrado deber? ¿Vacilaremos un momento en postrarnos al pié de los altares, repitiendo, bañados en llanto nuestros ojos, las enérgicas expresiones de aquellas: *ecce quem amas, infirmatur*? Si al ver (permítaseme una breve digresion que no me parece del todo inoportuna), si al ver la situacion tan lamentable en que se halla, no ya un hermano, sino la amorosa madre, á quien somos deudores de la existencia, y de cuya conservacion pende

la nuestra; si en tan críticas circunstancias, en vez de malograr el tiempo en descubrir el estado de la enfermedad, el incremento ó disminucion del peligro, aprovecháramos, como María y Marta, el tiempo que debemos á nuestro ministerio, en exponer incesante y humildemente al Señor, que esta triste madre ha sido en otro tiempo el objeto tal vez mas digno de sus atenciones; recordándole el esmero con que en los venturosos dias de su prosperidad ha promovido la gloria de su nombre, perseguido á sus enemigos, difundido á los países mas remotos su Religion, procurado criar á sus hijos únicamente para dedicarlos á su milicia, á su servicio, á la consecucion de su gloria; haciéndole ver que ha adorado siempre las disposiciones de su providencia, reconocido y confesado la justicia de sus procedimientos, *ecce quem amas*: si confiados en sola su misericordia, le representáramos con humildad sus necesidades, sus peligros, los males de toda especie que la amenazan, *ecce quem amas, infirmatur*: acaso, digo mal, indudablemente tendríamos la dulce satisfaccion de oír de sus amorosos labios, al mismo tiempo que levantara la pesada mano de su justicia: *Infirmus hæc non est ad mortem: eamus ut à somno excitemus eum*.

Este feliz éxito tuvo la humilde peticion de las hermanas de Lázaro. Apénas llega á oídos del Salvador, se resuelve este padre de las misericordias á emprender su viaje con direccion á Betania. Las incomodidades que tan de cerca le amenazan, las amonestaciones tan afectuosas de sus apóstoles, nada le detiene, nada le acobarda: el peligro en que se halla su amigo Lázaro, le ha sido noticiado con el mas vivo y fervoroso interes, y es absolutamente necesario impedirlo, ó remediar el mal, si se ha verificado. Ocupado de estas ideas, desprecia todos los temores y respetos humanos, arrostra todas las dificultades, emprende la marcha, llega al castillo; pero desgraciadamente se le anuncia, no solo que ha fallecido el enfermo, sino que hace cuatro dias se halla depositado en el sepulcro su cadáver. Su corazón se conmueve, se llena de un agudo sentimiento al oír esta triste nueva, como si ántes la ignorara; prorumpe en dolorosos gemidos, sus ojos vierten copiosas lágrimas: *et lacrimatus est Jesus*. No es por cierto la muerte de Lázaro el motivo de estas demostraciones de dolor; en su mano está el volverle á la vida, y de aquí á pocos momentos se verificará este prodigio: siente,

se aflige, se lamenta al ver representados en este misterioso símbolo tantos pecadores, á cuyas almas el detestable monstruo del vicio ha despojado de la vida preciosa de la gracia y sumergido en un hediondo sepulcro; y quiere manifestar que el modo de recobrarla es conocer todo el abismo de su miseria, reprobar, detestar de corazón sus criminales desórdenes, llorar con lágrimas sinceras la enorme desgracia de haber incurrido en la indignacion de un Dios, pronto á perdonar al que se reconoce, pero dispuesto tambien á castigar severamente al que se obstina en seguir su camino de perdicion. Y aún no es bastante todo esto, necesario es ademas levantar la pesada losa con que está cubierto su sepulcro: *Tollite lapidem*, dice Jesucristo ántes de obrar el asombroso prodigio de la resurreccion de Lázaro. En vano se opone á esta determinacion la piadosa Marta, que no penetraba por entónces los designios del Salvador; en vano le representa el peligro que podria haber en extraer del sepulcro un cadáver colocado en él cuatro dias ántes; en vano le hace ver que el hedor que exhalase, por necesidad habia de ser nocivo á la salud: *ecce jam foetet, quatruiduanus est enim*. El Señor insiste sin embargo, y hace que levanten la losa, para cerrar la puerta á todas las cavilaciones de los incrédulos judíos en sentir de un sabio expositor; para impedir que calificasen de ilusion aquel verdadero prodigio; para que de ningun modo ni en tiempo alguno pudiera dudarse que la resurreccion de Lázaro fué verdadera; para que todos se persuadan á que es imposible la resurreccion del pecador, mientras no separe de sí la piedra del escándalo, la familiaridad con los cómplices de sus desórdenes, el trato, las diversiones, las concurrencias que no puede frecuentar sin peligro de recaer en las mismas culpas; mientras no arroje de sí el peso de lo mal adquirido, del rencor, de la enemistad, del hábito vicioso, de todo cuanto le tiene oprimido bajo el yugo insoportable del pecado. Es de advertir que la pasion no dejará de oponer grandes dificultades, cuando se trate de dar este paso: la repufacion, el interes, la necesidad que lo impiden; los peligros, los males de toda especie que se temen... *ecce jam foetet*; pero no hay recurso, señores, para resucitar á la gracia es indispensable un esfuerzo extraordinario; hay una absoluta necesidad de sobreponerse á todos los respetos humanos, á todas las miras temporales; es preciso levantar la lápida, para que

el difunto pueda percibir la voz que le llama y le restituye la vida.

Aún removida la piedra, Jesucristo hace un esfuerzo no acostumbrado, un esfuerzo que choca por decirlo así en el Omnipotente; levanta extraordinariamente la voz para llamar á Lázaro: *Lazare, veni foras*. Voz irresistible, voz deliciosa, voz encantadora! ¡Feliz, mil veces bienaventurada el alma que llegue á oirla! su resurreccion en tal caso es infalible, segura. Lázaro la oye, y al punto recobra la vida, sale de su oscuro sepulcro, mejora incomparablemente el estado en que se hallaba ántes de morir. La oyen David, la Magdalena, la Samaritana, Pedro, Agustin..., y sus resultados son proporcionalmente los mismos. Todos los pecadores que la oyen, rompen en el momento las pesadas cadenas de su esclavitud, recobran la gracia del Espíritu santo que los vuelve á la vida espiritual, salen presurosos del fétido sepulcro de sus vicios, y perfectamente expeditos sus miembros se apartan del tortuoso camino del crimen, corren con libertad por la deliciosa senda de la virtud, caminan sin obstáculo, sin tropiezo alguno en direccion al reino de la inmortalidad. Mil veces dichosa, repito, el alma que la oye! Pecador, quien quiera que seas, no desesperes, nada te acobarde: la multitud, la enormidad de tus crímenes, el haber continuado años y mas años en el hediondo sepulcro de los vicios mas abominables, todo debes despreciarlo, porque nada es capaz de impedir tu resurreccion, si escuchas aquella voz omnipotente. Escúchala con atencion, y todos los obstáculos quedan superados.

Es verdad que nosotros no disfrutamos la presencia sensible del Salvador; pero el sonido de su voz se hace oír á la mayor distancia, porque tiene innumerables medios para hacerla penetrar hasta lo íntimo de nuestro corazon. Yo creo percibir en aquel esfuerzo extraordinario, con que se digna llamar á Lázaro, otra voz imperiosa que dice: *clama, ne cesses, quasi tuba exalta vocem tuam*. Lo mismo perciben otros muchos, firmemente persuadidos á que no dejará de sonar en los corazones de los cristianos la voz amorosa de Dios, miéntras por un efecto de su justa indignacion no determine abandonarnos completamente á la perversidad de nuestras pasiones. Nosotros debemos por lo mismo abrir, aplicar el oído para percibirla, para acertar á distinguir su eco del de las voces engañosas del mundo; debemos

recibirla con docilidad, y esmerarnos en conocer el abismo de miseria en que nos hallamos al presente, y del que quiere librarnos; en una palabra estamos en el caso de abrir los ojos, reparar con atencion la infelicidad de nuestra suerte, conocer la causa de nuestros males y llorarla, ocuparnos en desatar nuestra lengua para pedir el remedio, buscar intercesores entre los que gozan la confianza del Señor, y resolernos con firmeza á remover de una vez para siempre la funesta piedra del escándalo que nos tiene oprimidos bajo el yugo de la culpa. Entónces veremos con indecible satisfaccion el ansia con que los discípulos del Salvador acuden solícitos á completar nuestra resurreccion, como hicieron con Lázaro, desatando las ligaduras que impedían nuestro movimiento, y poniéndonos en libertad, para que caminemos sin tropiezo en esta vida por la senda de la virtud, que conduce infaliblemente á la bienaventurada inmortalidad. Amen.